

# ***El Egipto de los magos***

Edición de Emili Olcina

***Rudyard Kipling***



Kipling viaja a Egipto y visita el Sudán entre invierno y primavera de 1913 movido por el deseo de «descubrir el sol», y los juegos de luces y sombras darán las páginas más llamativas de un texto que varias veces proporciona ejemplos modélicos de impresionismo literario y casi se diría que pictórico. Sus descripciones del desierto o de los colosos de Abu Simbel hacen que el texto literario adquiera las propiedades de las más límpidas imágenes visuales, o en las necrópolis egipcias hace sentir la humedad, la opresividad y los ecos y resonancias en las cámaras y pasadizos subterráneos de las tumbas labradas en la roca y a la vez transmite el encanto de las escenas de la vida cotidiana representadas en sus paredes.

Pero Kipling viaja también para conocer los peligros que amenazan el dominio de Gran Bretaña en sus colonias norteafricanas. Más allá de la brillantez paisajística, su texto remite a la formación, en el norte de África, de movimientos anticolonialistas que, ceñidos entonces a la lucha por la soberanía nacional, se situaban ya en la línea que lleva a la lucha por la soberanía popular en las revoluciones democráticas desencadenadas en 2011.

Pero los magos de Egipto hicieron otro tanto  
con sus encantamientos.

Éxodo 7, 22

## Nota a la edición

Los capítulos de *El Egipto de los magos* (*Egypt of the Magicians*) fueron publicados serialmente, en siete partes, en dos revistas: *Nash's Magazine*, entre junio y diciembre de 1914, y *Cosmopolitan Magazine*, entre julio (las dos primeras partes) y diciembre del mismo año. El texto íntegro se publicó en libro en las ediciones de obras de Kipling llamadas *Scribner's* (1916-1920), *Uniform* (1899-1947) y *Sussex Edition* (póstuma, 1937-1939, pero revisada por Kipling), siendo esta última la que se considera definitiva de los textos incluidos en ella y, por lo tanto, también del texto de *El Egipto de los magos*.

En esta edición (la primera en lengua castellana) se incluye la totalidad de los elementos verbales que figuraron en unas u otras de las ediciones de la obra aprobadas por Kipling. Los versos iniciales de seis de las partes figuraron en *Cosmopolitan Magazine* pero no en las restantes ediciones. Los títulos de las partes III a VII que constaron en *Nash's Magazine* no figuraron en el resto de las ediciones, y se dan, junto con su traducción, en notas a pie de página. En *Cosmopolitan* el título de cada entrega fue el general de la obra seguido del número en romanos. Los títulos definitivos de los capítulos aparecieron en las ediciones en libro.

Dado que Kipling no se detiene a explicar los hechos que eran de conocimiento común en el tiempo de su viaje (1913) pero no hoy, y dado el tono ligero que a veces reduce a pinceladas las referencias al Egipto antiguo, se

aportan, tanto en un caso como en el otro, en notas a pie de página los datos necesarios para la lectura sin trabas del texto.

## Prólogo

### 1. Motivos para un viaje

Kipling viaja a Egipto y el Sudán entre invierno y primavera de 1913 movido, según dice, por el deseo de «descubrir el sol», y es cierto que los juegos de luces y sombras darán las páginas más llamativas de un texto que varias veces (en especial en las descripciones del desierto y de Abu Simbel) proporciona ejemplos modélicos de impresionismo literario y casi se diría que pictórico.

Pero el motivo real de Kipling para viajar a Egipto y el Sudán es la esperanza de disipar su temor a que, tras las guerras balcánicas de 1912-1913, la aceleración del derrumbe del Imperio otomano altere el orden mundial en detrimento de un ya precario dominio de Gran Bretaña en sus colonias del norte de África. Más allá de la brillantez paisajística, el texto de Kipling sobre el viaje remite a la formación, en el norte de África, de movimientos populares anticolonialistas que, si bien su horizonte se ceñía a la conquista de la soberanía nacional, se situaban en la línea que llevará a la lucha por la soberanía popular en las revoluciones democráticas desencadenadas en 2011.

### 2. Luchas anticoloniales

Egipto fue, desde la expedición napoleónica de 1798, una encrucijada de influencias de las potencias europeas. Con

la construcción del canal de Suez (inaugurado en 1869), las presiones sobre su soberanía se acentuaron hasta tal punto que la perdió, convirtiéndose (de hecho, no de derecho) en colonia británica y francesa en 1875. Desde aquel año se multiplicaron los mecanismos del control anglofrancés de los resortes del poder político en Egipto. Y ya en 1879 se había desatado un movimiento independentista egipcio, protagonizado por el campesinado y el ejército, que no pudo ser aplastado sino en una guerra, en 1882, que los franceses dieron por perdida y en la que por unas horas, en la batalla de Kassassin, el ejército británico bordeó la derrota.

En el tiempo de la visita de Kipling, los sentimientos antibritánicos se habían avivado en Egipto tras el incidente de Denshawai, un pueblo donde unos años antes, en 1906, un pasatiempo de tiro al pichón de un grupo de oficiales británicos había derivado en disparos contra campesinos egipcios, dos de los cuales, tras un juicio inicuo, fueron ahorcados delante de sus casas, y muchos otros azotados y encarcelados, por haber increpado a sus agresores hasta hacerlos huir. La atrocidad de Denshawai, con la que el Gobierno británico había querido paralizar por el miedo el independentismo egipcio, tuvo el efecto inverso de contribuir a la gestación del movimiento que desembocó en la revolución egipcia de 1919 y en la declaración, en 1922, de una independencia que acabó de consumarse tres décadas más tarde con el derrocamiento de la monarquía títere del Gobierno británico por la revolución nacionalista y socialista de 1952.

El Sudán había sido el escenario de las peores humillaciones sufridas por Gran Bretaña en toda su historia militar. Más que un país, el Sudán era un montaje colonial que abarcaba un subcontinente tan diverso en culturas, idiomas y religiones que costaba siquiera imaginar que surgiese en él un movimiento de signo nacional, pero el sentimiento anticolonial engendró uno que se canalizó a tra-

vés del movimiento ascético islámico del Mahdi (el Guía o Redentor). Entre 1881 y 1885, los combatientes sudaneses (los «derviches», según los llamaron desde su bando opuesto), mal armados, barrieron del campo de batalla a varios ejércitos británicos, y en 1885 tomaron Jartum, viniendo y dando muerte a un héroe del colonialismo británico, el general Gordon. Entre 1885 y 1896, las fuerzas de un Sudán independiente mantuvieron a los británicos confinados en el enclave de Suakin, en la costa del mar Rojo.

No fue hasta 1898, al cabo de dos años de una segunda guerra, que un ejército británico impuso de nuevo al Sudán el sojuzgamiento colonial. La guerra se alargó hasta finales de 1899 y, dice Kipling, en los tiempos de su visita al norte del Sudán, en 1913, «en las provincias más cercanas el viejo juego excitante deb[ía] continuar todavía». Aun sin contar con los restos de lucha armada, la hostilidad sudanesa a la colonización debía ser en 1913 lo bastante seria para que Kipling profetice amargamente el día en que sonará de nuevo el grito de «el Sudán para los sudaneses». La independencia llegó por segunda vez en 1956.

No solo el colonialismo británico era precario en el norte de África. Las actividades de «pacificación», eufemismo que maquillaba la imposición bélica del sojuzgamiento colonial, fueron incesantes. Por no hablar de insurrecciones y resistencia civil y política, sino únicamente de conflictos bélicos a gran escala en África del norte dentro del período evocado por Kipling en la obra, a las guerras en Egipto en 1882 y en el Sudán entre 1881 y 1899 se suman la perduración de la lucha armada contra Francia iniciada en Argelia en 1830, la guerra de 1893 contra España y la de 1911 contra Francia en Marruecos, y el año antes del viaje de Kipling, en 1912, terminaba, tras ocho años, una guerra contra Francia en Mauritania, pero empezaba una más contra España en Marruecos y otra contra Italia en Libia, ambas destinadas a durar décadas. En no pocas

batallas y campañas, en todas esas guerras, los ejércitos coloniales llevaron la peor parte. Y entre 1895 y 1896, las fuerzas etíopes habían derrotado aplastantemente a los ejércitos de invasión italianos.

La lección de las guerras norteafricanas para los imperialistas era evidente: miremos de evitar la guerra con los «nativos», no por amor a la paz sino porque podemos perderla. La «pacificación» colonial alternativa a la acción militar consistía en un feroz paternalismo policial, pero el sueño de paz del colonialista bienintencionado había de ser similar a una fantasía sadomasoquista: que los «nativos» se recreasen en su propio sojuzgamiento.

Kipling quiere creerse que en Egipto y el Sudán reina una paz estable que sería imposible sin el consentimiento «nativo» del régimen colonial. Insiste una y otra vez en su condición de turista y no de viajero. ¿Hay turismo donde no hay paz estable? Después de la imposición armada al Sudán y a Egipto de la que él venera como la sagrada Ley imperial británica, Kipling aspira a una «pacificación» incruenta y pone en marcha una estrategia turística de dominación colonial.

### 3. La orientalización de Oriente

Un requisito ineludible para imponer la propia Ley a un país ajeno es la elaboración de un discurso legitimador según el cual *ellos* deben estar sometidos a *nosotros*. Y, en este punto, el discurso colonialista ya ha llegado a su máximo refinamiento: basta con que haya un «ellos», y cae por su propio peso que sería intolerable que *nosotros* nos hubiésemos de atener a *sus* maneras de ver y de hacer.

El barco con el que Kipling viaja a Egipto une a la India con Inglaterra y su tripulación es mixta. Apenas sube a bordo, al cabo de veinte años fuera de su India natal, Kipling se siente en casa porque los tripulantes «nativos» lo

tratan como «sahib». Simpatiza con ellos, pero «ellos» son *ellos*. Así es la Ley. Se cuenta, en una de las anécdotas con que los «sahibs» combaten el tedio de la navegación, que un juez «nativo» «fingía reflexionar de acuerdo con las pautas occidentales», y con esa mala imitación empieza y termina el acercamiento igualitario entre los «nativos» y «nosotros». Ya en el barco, Kipling reencuentra Oriente invocando una y otra vez la Ley que traza la frontera entre «sahibs» y «nativos», «blancos» y «negros», «occidentales» y «orientales»: entre «nosotros» y «ellos».

Los orientales son «ellos». Y Oriente, más que un área geográfica de contornos difusos cuyos confines, según Kipling, pueden intuirse incluso en Venecia o en los Alpes, es por encima de todo el espacio imaginario capaz de alojar a todos los «ellos» del mundo. Asia, dice Kipling, es hija del matrimonio formado por el junco que navega en los mares chinos y el dhow que lo hace en las aguas árabes. Tan «oriental» es una embarcación como la otra, tan «oriental» es un egipcio como un manchú, y uno y otro son tan «orientales» como un esquimal o un tahitiano, pese a que no tienen, ni en idioma, ni en historia, ni en cultura, ni en creencias, ni en arte, ni en entorno social o climático, ni en vestuario, ni en gustos culinarios, más parecidos entre sí que cualquiera de ellos con un inglés. ¿Cómo meterlos a todos en el mismo saco que al resto de los «orientales», entre los cuales figurarán desde el sultán otomano y el monje tibetano hasta el cazador de cabezas de Borneo? A falta de mejor, *su rasgo común será de tipo estético: «ellos» y sus entornos son exóticos y pintorescos.*

Y si antes los límites de Oriente eran elásticos para que cupieran dentro todos los «nativos», ahora, en Egipto, estallidos de exotismo permiten trazar «la división entre Oriente y Occidente», dice Kipling, «con una exactitud impresionante»: se llega a Oriente cuando se pisa el jardín que tiene en Port Said la Compañía del Canal. Ahí, al lado del canal de Suez, empieza la nostalgia del país europeo

que se deja atrás o, a la inversa, el «occidental» se siente acogido por «los buenos espíritus de Oriente» y entonces «las voces de los jardineros y de los vigilantes [del jardín] serán como los saludos de los sirvientes de su padre [en la India]». En El Cairo, el «sahib» tiene otro reconfortante encuentro con los «orientales» cuando los encuadra a «todos ahí, al pie de las palmeras cantarinas: mozos de cuadra, chicos de recados, mercaderes ambulantes, aguadores, barrenderos, vendedores de pollo». He aquí que, complementariamente a su exótico pintoresquismo, el «oriental» es definible por su condición *sociolaboral* como *subalterno*.

El «oriental» es el «otro» que está a «nuestro» servicio, es, por lo tanto, «inferior» y, dado que es «otro», es *diferente* y por ello exótico. El exotismo no es sino la dimensión estética del dominio del «blanco» sobre el «nativo». La exotización de Oriente, la orientalización de Oriente, la ideación misma de Oriente, se revelan como la construcción fantasiosa sobre la cual se elabora el discurso legitimador de la imposición de la Ley «occidental» a los «orientales». Y la mirada turística, que se deposita selectivamente en pintoresquismos y exotismos, servirá a Kipling como un instrumento de discriminación colonizadora.

#### **4. El turista victorioso**

Kipling recorre Egipto y llega al Sudán remontando el Nilo a bordo de un vapor. En dirección inversa, Nilo abajo, esa es la ruta de las tropas británicas que abandonaron el Sudán en la guerra de 1881-1885, y Kipling evoca la Expedición del Nilo, que se retiró tras llegar tarde para evitar la caída de Jartum y la muerte de Gordon en 1885. Kipling, claro está, fue y volvió, pero no dice nada de su camino de vuelta: literariamente, su viaje es unidireccional, Nilo arriba, hacia el sur, África adentro. El intrépido turista no se

retira como las viejas tropas vencidas, el turista redimirá el fracaso de la Expedición del Nilo.

Como Conrad quince años antes en *El corazón de las tinieblas*, Kipling remonta un río en dirección al centro de África. Pero Conrad, en el corazón de la selva, encuentra a un «blanco» contagiado de salvajismo «negro»: hay una invasión mutua de lo «negro» y lo «blanco» y el consiguiente caos de demencia y muerte. Con Kipling, en cambio, en el corazón de África, el caos es vencido por el acto turístico que conjura el peligro de lo «nativo» al reducir el salvajismo «negro» a un pintoresquismo decorativo dentro del orden imperial. Jartum era, quince años antes, en términos de Kipling, «un demencial infierno de asesinatos, torturas y lujuria» o, dicho de otro modo, la capital de un Sudán independiente cuyos combatientes habían derrotado una y otra vez a los ejércitos británicos. Ahora, el tren procedente de Jartum vierte en Wadi Halfa, el punto de enlace entre el Sudán y Egipto, no a tropas «blancas» que se retiran del Sudán vencidas y desmoralizadas, sino a «alegres» turistas «adornados (...) con cuernos, pezuñas, pieles, cueros, cuchillos y azagayas», y, en medio del alegre tumulto, una turista lamenta «la pérdida de su lanza derviche», y es que en los bazares de la excapital «nativa» se encuentran «curiosidades encantadoras». En el corazón de África no está el doble «horror» del Kurtz de Conrad, sino que hay *un bazar* orientalmente pintoresco en el que las armas con que los guerreros sudaneses causaban estragos entre las fuerzas británicas pierden sus propiedades letales al transformarse en chucherías turísticas. Las armas sudanesas son ahora *souvenirs*, los demonios «nativos» han sido conjurados por medio de una trivialización turística que reemplaza a la represión armada como acto de afirmación del orden colonial.

## 5. El viaje paralelo del escritor

El turismo y la literatura de Kipling sirven a los intereses *imperiales* británicos, pero Kipling no se vende a los intereses *materiales* del colonialismo, de los cuales parece no tener la menor noticia. El Imperio de Kipling es *altruista*. ¿Hay mejor suerte para un «nativo» que someterse al arbitrio del *abnegado* funcionario colonial británico que, Kipling no se cansa jamás de repetirlo, *sacrifica* su comodidad, sus intereses, su salud, en aras del benéfico Imperio? Llegará el día, se lamenta Kipling, en que los sudaneses crean «sinceramente que ellos mismos consiguieron la vida fácil que fue comprada para ellos a tan alto precio». Los británicos soportaron, pues, el esfuerzo de dos décadas de durísima guerra en el Sudán con el fin de proporcionar a los sudaneses una «vida fácil». Los «nativos» deben gratitud, y no poca, al Imperio por haberse ocupado, añade Kipling, de «doblegar [al Sudán] a la cordura por una aplicación de la muerte a una escala que los más esforzados asesinos y torturadores no podrían ni siquiera soñar».

Reclamar gratitud a quienes se reprime con una saña de «torturador» o de «asesino», creer «sinceramente» que el Imperio martiriza a los «nativos» con una abnegación que entenece a Kipling cuando entona sus cánticos de adoración al funcionario colonial y los mata a veintenas de millares para que los supervivientes gocen de una «vida fácil», he aquí una mezcla de candidez y ferocidad que refleja la problemática coexistencia, en Kipling, del «sahib» y el escritor.

Kipling gesticula como un «sahib» a través de sus escritos y cree ser un «sahib» escritor, cuando es un escritor a pesar de ser un «sahib». Cualquier pasaje suyo puede estar manchado por un exabrupto racista, machista o clasista, porque el grosero «sahib» no anda nunca lejos del escritor, pero el escritor da la talla cuando el «sahib» cierra la boca.

Algo hastiado de la compañía de «blancos», Kipling pasea por el viejo El Cairo, el de las *Mil y una noches*, y disfrutamos no de la visión torcida de un «sahib» que mira por encima del hombro, sino de la mirada directa y limpia a lo que Kipling percibe como su «mundo real». Veintitantos años antes, perplejo ante la cultura «nativa» japonesa, Kipling dudaba si los japoneses eran blancos o negros. El «sahib» se asustaba ante su lascivo salvajismo negro, pero el escritor es capaz de abrirse a «mundos reales» diferentes al suyo y, del mismo modo que admira la cultura japonesa, sabe que «allí donde hay musulmanes hay una civilización comprensible». La simpatía hacia el islam, el respeto por una cultura ajena, ayudan a Kipling, en El Cairo, a dejar al «sahib» en sus alturas y hacer que el escritor baje a ver el «mundo real» y alabe «a Alá por la diversidad de sus criaturas». «No compré nada», precisa: no hay espacio para el coleccionista de *souvenirs* cuando el escritor se deleita ante la variedad del tránsito humano y animal en «calles palpitantes», la llamada del muecín a la oración, las escenas de familia en patios frescos o la austeridad de una mezquita de ladrillo, hasta que, al anochecer, la ciudad se hace un juego de nieblas de colores y adquiere «una desgarradora semejanza con toda ciudad» que ese escritor «hubiese conocido y querido».

El «sahib», especializado en clasificar superioridades e inferioridades raciales, no tiene nada que opinar delante de diez millones de kilómetros cuadrados del materia mineral y, ante la fluidez de las filigranas de roca y arena y las variaciones cromáticas que cambian una y otra vez la imagen del desierto africano, el escritor, un hombre turbado por el atractivo de esa enormidad rocosa, lo describe como cuerpo sin alma, vampiro hembra, mujerzuela soez y deliciosa, danzarina cuyas formas se diluyen entre torbellinos de velos de colores vivos.

Tampoco tiene el «sahib» nada que decir sobre los egipcios de millares de años antes, porque ignora si eran

«sahibs» o «nativos», y vuelve a ser el escritor quien, en Amarna, balbucea como medio eficiente de expresar su admiración por la grandeza revolucionaria del rey hereje y reformador moral, el monoteísta Ajenatón, se maravilla ante la genialidad del realismo del arte también revolucionario de su tiempo de reinado, hace sentir la humedad, la opresividad y los ecos y resonancias en las cámaras y pasadizos subterráneos de las tumbas labradas en la roca de Deir el-Bahari y el Valle de los Reyes y a la vez transmite el encanto de las escenas de la vida cotidiana representadas en sus paredes, o con su descripción de los juegos de luces cambiantes en los colosos de Abu Simbel al amanecer consigue que el texto literario adquiera mágicamente las propiedades de las más límpidas imágenes visuales.

Pese a su contigüidad con los grotescos pavoneos del «sahib», la imaginación del escritor, en Kipling, desborda los límites de la mentalidad colonial, deshace los tópicos del exotismo turístico y los transfigura en vivos paisajes literarios.

Emili Olcina, 2011